

PREFACIO: MIEDOS Y OLVIDOS PEDAGÓGICOS.

José González-Monteagudo

Publicado en el libro:

González González, Miguel A. (2014): *Miedos y olvidos pedagógicos*. Rosario (Argentina) / Pereira (Colombia): Homo Sapiens Ediciones y Universidad Católica de Risaralda, 11-13.

He aquí un libro extraño, diferente y retador. Miguel Alberto González González ya nos tiene acostumbrados a propuestas escriturales heterodoxas, construidas a partir –retomo sus palabras- de muchas atalayas interpretativas y de muchos caleidoscopios hermenéuticos. Este nuevo libro tensa la cuerda, digamos, y explora los miedos y los olvidos, y no solo en el horizonte pedagógico que anuncia el título de la obra. También lo hace en un sentido más global y antropológico: los miedos y los olvidos como condición humana menesterosa, limitada, batalladora, incluso apesadumbrada. Pero no solo así: igualmente como sentido de apertura, posibilidad y utopía, explorando el inédito viable –así lo diría Paulo Freire- como horizonte positivo y esperanzado.

“La palabra ‘miedo’ está cargada de tanta vergüenza –escribe G. Delpierre- que la ocultamos. Sepultamos en lo más profundo de nosotros el miedo que se nos agarra a las entrañas”. Pero en realidad, la historia humana está construida sobre la base de la idealización del valor y de la negación del miedo. Esta tesis, presentada de manera brillante por el historiador francés Jean Delumeau en su libro *El miedo en Occidente*, es una clave hermenéutica interesante para acercarnos a la historia de los últimos siglos. Y así nos encontramos con personajes como Juan sin Miedo o Carlos el Temerario, es decir, con personajes históricos y literarios que han simbolizado el rechazo del miedo. Frente a todo esto, aquí tenemos que recordar y reivindicar la intuición de Marc Oraison, que consideraba que el hombre es, por excelencia, el ser que tiene miedo. Aunque siglos antes, ya el siempre perspicaz Thomas Hobbes había dejado escrito: “El día que yo nací, mi madre parió dos gemelos: yo y mi miedo”.

Miguel Alberto González González retoma esta tradición y la ubica en ámbito educativo, reivindicando la exploración de los miedos y de los olvidos como camino real para acceder a la perspectiva de sentido de los docentes. Y estos recogen la invitación del autor, y relatan sus miedos y sus olvidos. El resultado es una coreografía original, que transita entre el ensayo clásico -aquí tejido en clave modesta y casi poética- y la narrativa testimonial de los docentes. Haber sabido hilvanar estos dos planos, y además en un ejercicio de escritura breve, constituye uno de los grandes aciertos de esta obra. Moviéndose entre el registro de escritura personal –con curiosidad, históricamente documentado, inquieto con los registros del lenguaje- y el inventario de los miedos y de los olvidos ajenos, este libro alcanza a conmover, a interesar, a sembrar la duda, a desear saber más, e incluso me atrevería a decir que alcanza a hacernos *terapia* de manera informal y distendida.

El libro, como bien lo subraya su autor, tiene su origen en Colombia, país –esto ya lo añado yo, producto de mi modesta experiencia colombiana, siempre urbana, casi siempre universitaria- intenso, barroco, dinámico, hospitalario, hablador, alegre y sufridor. Pero las reflexiones y las narrativas presentadas tienen valor universal. Y el propio autor se encarga de señalar esta perspectiva. En todo caso, la perspectiva colombiana y latinoamericana de los miedos y de los olvidos se evidencia en los relatos de los docentes.

La doble perspectiva de presentar miedos y olvidos funciona muy bien. Me ha resultado curioso poner en relación esta cuestión con las intuiciones de Jean Delumeau, quien escribe que los caminos utilizados para salir del país del miedo han sido principalmente tres: los olvidos, los remedios y las audacias. Si esto es así, Miguel Alberto nos debe un libro sobre los remedios y las audacias. Algo de esto late ya en la presente obra, que no se conforma con el lado sufriente y agonista de los miedos y de los olvidos, y que aspira, pues, a trascender unos y otros, para explorar zonas más luminosas y transparentes.

Concluyo diciendo que este es un libro bello, de escritura cuidada, que se ofrece a los lectores como promesa de exploración humana, ontológica, intercultural y educativa. Frente a registros escriturales actualmente dominantes –sesudos informes de investigación, artículos científicos para revistas que congelan la experiencia y el devenir humanos- este libro ofrece una propuesta inteligente, lúcida, creativa, irreverente y solidaria. Y esto no es poco, visto –acudo a un tópico del lenguaje, que no me gusta, pero que se usa mucho ahora por estas latitudes europeas- “lo que está cayendo”.

José González-Monteagudo
Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad de Sevilla
(España)